

RICARDO GONZÁLEZ CORPANCHO



EL MUNDO DESCONOCIDO DEL CONTACTADO EXTRATERRESTRE

Luciérnaga

RICARDO GONZÁLEZ
CORPANCHO

EL MENSAJE
DEL CISNE
NEGRO



EL MUNDO DESCONOCIDO DEL
CONTACTADO EXTRATERRESTE



Ediciones
Luciérnaga

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

© del texto: Ricardo González Corpancho, 2023.
© de las fotos de interior: archivo autor; Istock / Getty Images
© de la ilustración de interior: Ramiro Rossi
© de las fotos de cubierta: Shutterstock / GVV Studio, Julia Pr

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: junio de 2024

© Edicions 62, S.A., 2024
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19996-31-2
Depósito legal: B. 1.028-2024

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

<i>Prefacio</i>	15
Capítulo 1. El «fantasma» de Ivika	17
Capítulo 2. «Ellos» están desde la niñez	21
Capítulo 3. Aceptar el fenómeno	31
Capítulo 4. Explorar el fenómeno	45
Capítulo 5. El primer contacto físico	59
Capítulo 6. Dentro de un ovni	69
Capítulo 7. Informaciones imposibles	85
Capítulo 8. Lo real en lo irreal	99
Capítulo 9. La espada de Damocles	115
Capítulo 10. Del caos a la consciencia	133
Capítulo 11. Sincrodestino: seguir al conejo blanco	151
Capítulo 12. Cronocontacto	169
Capítulo 13. Instrucciones	185
<i>Epílogo</i>	189
<i>Agradecimientos</i>	191

Capítulo 1

EL «FANTASMA» DE IVIKA

Volver a la Gran Duna en el desierto de Atacama despierta en lo más hondo de mí profundas e indescriptibles emociones. Este elevado médano, emplazado en un extremo del cautivante Valle de la Luna, había sido escenario de mi último contacto directo con Ivika, una mujer extraterrestre que sostiene provenir del sistema estelar triple Alfa Centauri. Al pie de esa duna, el inolvidable 27 de septiembre del 2016, me las vi con esa extraña dama de otros mundos. Luce joven, como si tuviese unos treinta años. Y su espigada figura parece alcanzar 1,90 metros de estatura. Perfectamente podría infiltrarse entre nosotros haciéndose pasar por una visitante de los países nórdicos. Su piel blanca, sus cabellos rubios casi canos y sus hipnóticos ojos verdes almendrados le dan un aspecto exótico. Vestida con un traje metálico pegado a un cuerpo que lucía atlético y ectomorfo, se desplazaba con movimientos lentos, rígidos, extremadamente erguida. Era como estar ante un avanzado robot con inteligencia artificial, y no frente a un ser de carne y hueso con consciencia como los humanos. Sea como fuese, «aquello» estaba allí. En mi libro *Tierra II* (Luciérnaga, 2021), describo al detalle esta experiencia.

Lo inquietante es que ese contacto estaba a punto de repetirse...
Y he dicho bien: repetirse.

Domingo 26 de marzo del 2023, 17:27 horas según confirmo en mi cuaderno de campo. Una tormenta de arena se precipita sobre el grupo de casi sesenta personas que ya alcanzaba la cumbre de la Gran Duna.

Ivika lo había anticipado...

En previas comunicaciones telepáticas nos indicó que visitaríamos el Valle de la Luna en esa precisa coordenada, asegurando que cuando llegáramos a la Gran Duna, se activaría una zona-ventana, un vórtice, para que nos volviéramos a encontrar.

«Treinta segundos de tu tiempo en conexión con nosotros será suficiente», me dijo mentalmente la visitante de Alfa Centauri, mientras me acercaba al lugar marcado por ella en medio de la tormenta de arena.

Todo parecía irreal. El clima había cambiado abruptamente nada más poner el pie en la bendita duna.

El cuerpo de guardaparques de la CONAF (Corporación Nacional Forestal de Chile) se preparaba para evacuar y cerrar el Valle de la Luna. Así como se lee. Entretanto, yo descendía con dificultad por una ladera de la duna para alcanzar el punto de contacto. Mi amigo, Sebastián Alberoni de Capilla del Monte, venía a mi lado y vigilaba todo el contexto, especialmente a los alertados guardaparques.

Finalmente, llegué a la coordenada: el lugar exacto en donde había vivido el encuentro cercano del 2016. Entonces todo volvió a suceder...

Entré, por decirlo de algún modo, en trance, como si mi mente se hubiese conectado a una realidad alternativa totalmente inmersiva. Ya no sentía la tormenta de arena. Todo se aquietó. Un silencio sepulcral se había precipitado. Y he ahí que surgió la figura de Ivika, en un calco fiel del contacto que hacía siete años habíamos tenido allí.

Estaba, otra vez, en medio de ese holograma de otro mundo con la mujer de Alfa Centauri, quien caminaba hacia mí mientras sostenía un cubo metálico en sus manos.

El contacto se volvía a «repetir».

Pero ese no era el objetivo de esta experiencia.

—Ivika, por favor, detente, necesito hacerte nuevas preguntas —le hablé firme, como pretendiendo pausar el *bucle*.

E Ivika se detuvo. Sonrió y me dijo: «En un momento podremos hablar».

Tenía la impresión de que se había generado una suerte de burbuja dentro del *loop* de la experiencia del 2016. Pero no

traté de entenderlo en ese momento. Sentía que cada segundo contaba.

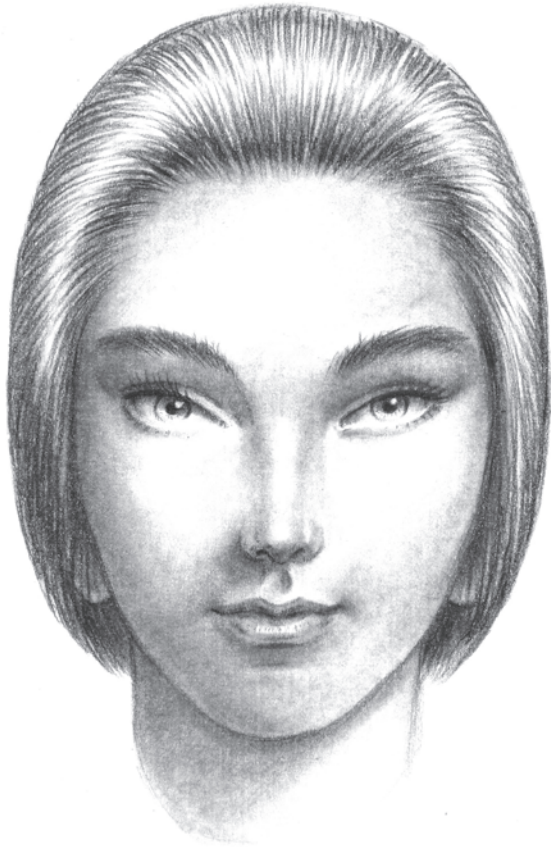
—Quiero hablar de varias cosas, de nuestra relación con ustedes, de nuestras dudas, de lo que viene, de todo lo que pueda preguntarles.

—Hablemos —me dijo con tono comprensivo, con una voz totalmente humana haciendo eco en mi cabeza—. Pero será necesario que comprendas el proceso que has seguido, desde el principio...



El desierto de Atacama visto desde el Valle de la Luna. Al fondo se aprecia la gigantesca silueta del volcán Licancabur (5.916 metros) y el cerro Quimal (4.278 metros).

Fotografía del autor.



Este es el primer *identikit* de Ivika, sin duda el más difundido. Fue realizado por el dibujante argentino Ramiro Rossi en el 2015. ¿Realmente son seres de otros mundos como afirman? Su apariencia humana despierta muchas preguntas.

Capítulo 2

«ELLOS» ESTÁN DESDE LA NIÑEZ

Era apenas un niño. Calculo que tendría unos cinco años. A finales de la década de los setenta. Mis padres, como muchos fines de semana, acudían a un bello club campestre llamado El Bosque, ubicado en Chosica, en la sierra de Lima. Su aire puro en sus moderados 800 metros de altura, con su lago atiborrado de patos y los amplios espacios verdes al pie de los cerros, era un paraíso para pasear y jugar, un verdadero remanso para escapar del cemento y el bullicio de la ciudad. Ahí empezó todo para mí...

Al caer la noche me encantaba ver las estrellas, un mosaico cósmico que no siempre se puede disfrutar en una Lima, que la mayor parte del año tiene su cielo nublado por culpa de la fría corriente de Humboldt del océano Pacífico y la barrera natural que encuentra la bruma en la cordillera de los Andes. El Bosque siempre era la oportunidad perfecta para soñar con las estrellas. Pero algo extraordinario rompió lo habitual. Unas «estrellas» que estaba observando, de pronto, empezaron a moverse. Y algunas parecían desplazarse muy cerca de la cumbre de los cerros. Esas luces esgrimían movimientos errantes y caprichosos que me cautivaron. Desde luego, no eran satélites. Y mucho menos reflejos de linternas o de alguna otra fuente artificial de luz. Además, recordemos que en esa época no existían los drones.

Con toda mi inocencia las llamé «estrellas caminantes». Lo viví como un juego. Aquello me producía una sensación muy hermosa en el pecho que no podía explicar.

Y fue, precisamente, en esa etapa de mi vida que empecé a tener sueños muy lúcidos con naves de origen extraterrestre. No recuerdo

haber asociado las luces que presencié en Chosica con estos sueños. Pensé que eran escenas sacadas de mi imaginación. Imágenes en las que me veía salir en pijama hacia el pequeño jardín de la casa en donde se hallaba flotando una especie de cápsula metálica, como un huevo de metal bruñido, en el cual ingresaba para encontrarme con un «amigo»: un niño igual que yo, pero calvo, de cabeza bastante más grande, sin párpados y con unos ojos inmensos y bondadosos. En estos «sueños» le mostraba al ser unas revistas que mi padre me había comprado en el mercado chino de Lima, en donde resaltaban unos objetos voladores futuristas al estilo de *Star Wars*. Le pregunté si estaba a bordo de uno de esos vehículos. No recuerdo mayor diálogo. El «niño extraterrestre» solo se limitaba a sonreírme y me sentía fabuloso con su compañía.

Mi madre sostiene que de niño tenía muchos de esos sueños intensos y extraordinariamente vívidos, que solía comentar animadamente en el desayuno. Algunos los recuerdo aún hoy con todo lujo de detalle. Incluso, más de una vez me he despertado en el comedor de casa sorprendido por cómo había aparecido allí. Y al volver nervioso a mi habitación me encontraba con la sorpresa de que seguía descansando en mi cama: me veía acostado, profundamente dormido...



Ricardo y su padre en el club campestre El Bosque. Allí empezó todo.
Foto de 1977.

Naturalmente, mis padres tomaron estas experiencias con pinzas, tal vez producto de la fértil imaginación de un niño. Hasta que ocurrió algo que les hizo cambiar de opinión...

En otro «sueño» volví a despertar en el comedor, pero en esa ocasión sentí una presencia. Entonces miré a través del ventanal que daba al jardín y descubrí a un hombre bajar por la pared de la casa vecina. Percibí peligro y supe de inmediato que dos ladrones estaban entrando en casa. En un abrir y cerrar de ojos me encontré en mi cama, como despertando de una pesadilla, con el cuerpo agitado y sin poder hablar. Sabía que no había sido un sueño. Sabía que lo había «vivido».

Como pude, aun temblando por la impresión, fui al dormitorio de mis padres y los desperté para advertirles. Pero ellos se figuraban que solo había tenido un mal sueño e intentaron tranquilizarme. No lo lograron. Y le insistí tanto a mi padre que, finalmente, decidió inspeccionar la casa y verificar el jardín y el patio exterior. Volvió muy sereno y me dijo: «No pasa nada hijo, no hay nadie». A pesar de sus palabras me quedé nervioso y angustiado. Apenas pude dormir. Estaba seguro de que no había sido una pesadilla.

Al día siguiente, durante el desayuno, vi a mi padre contrariado. Con la cabeza baja y enojado nos informó que habían entrado a robar en casa... Por las marcas en la pared del jardín se podía advertir por dónde se habían colado los ladrones: lo hicieron a través de la pared vecina, exactamente como había ocurrido en mi «sueño»...

Un detalle inquietante es que no vi el robo en tiempo real, sino «antes» de que ocurriese. Por ello mi padre, al investigar, no había hallado ninguna anomalía. Afortunadamente, en su exploración comprobó que no había colocado el seguro de la puerta que comunica el patio con el interior de la casa. Al constatar ese olvido lo arregló. Y gracias a esa decisión los delincuentes no pudieron entrar en el corazón de la casa ni en nuestros dormitorios. Tuvieron que conformarse con lo que hallaron en la parte exterior. Y todo gracias a un «sueño» providencial.

Hechos como este se fueron multiplicando en mi niñez y adquirieron un pico importante cuando, a los once años, empezaron a surgir otros sueños, pero muy distintos en su naturaleza...

Un caos llegado del cielo

Fue una etapa, lo admito, muy desconcertante. Me levantaba agitado en la madrugada con la vívida imagen de una tragedia global que había sorprendido a la humanidad. Veía a la gente correr, mirando asustada y confundida el cielo, en medio del caos de una ciudad que no reconocía como Lima. En algunos de esos sueños distinguí otras escenas en donde aparecían unos discos luminosos. Esas naves —así lo interpreté— proyectaban unas columnas de luz hacia el suelo y al alumbrar a determinados grupos de personas se las llevaban hacia arriba. Parecía una suerte de evacuación. Pero las naves no rescataban a todos. Y este detalle me produjo gran desconsuelo y enojo. En aquel momento algo en mí se quebró con «ellos».

Hasta que irrumpieron aquellos sueños mis experiencias con el fenómeno habían sido hermosas, mágicas, hasta podría decir llenas de ternura, ajenas a esas dantescas escenas. Mi enfado fue tal, que empecé a ver, distorsionadamente, que aquellas naves no estaban ayudando, sino que tenían responsabilidad con el catastrófico incidente. En mi sorpresiva turbación mezclé todo. Aquí comentaré una anécdota poco conocida. Ese año, 1985, cursaba el sexto grado de educación primaria en los hermanos Maristas. Entonces hubo un concurso de cuentos dentro del programa curricular del curso de Lenguaje. Todos los alumnos del grado, repartidos en diferentes salones del colegio, tenían que participar. Solo diez cuentos serían elegidos por un comité de profesores para una publicación. Mientras mis compañeros escribían con ayuda de sus padres cuentos sobre un perro y un loro, príncipes encantadores, genios y cuevas, yo me incliné por el fenómeno ovni. Redacté un texto a modo de informe de noticias que describía una invasión extraterrestre. Mi «cuento» terminaba con los rusos destruyendo la nave madre agresora, que terminaría cayendo del cielo y hundiéndose en el mar. Nunca me imaginé que mi texto sería publicado dentro de los diez elegidos. Con once años, estaba firmando mi primera publicación sobre los ovnis. Y no hablaba nada bien de «ellos». Los atemorizantes sueños que ha-

bía tenido, como digo, fueron el caldo de cultivo. Estaba enojado. Confundido.

Me recuerdo como un niño sensible, silencioso, con cierta dificultad para sociabilizar, pero con gran predisposición para la música y el dibujo. Me viene a la memoria que el profesor de Historia siempre me pedía, previo a sus clases, que le dibujara mapas y a los personajes principales de su disertación en la pizarra del aula. Me ponía a ello en el recreo. No me gustaba salir a jugar al inmenso patio con toda la manada alocada de niños. Prefería dibujar en silencio, en el vacío del salón de clases.

Con el tiempo, al iniciar mis estudios de secundaria, mi mundo interior se hizo más presente y me «desconectó» de las pesadas y aburridas clases, de las normas del colegio y hasta de la atención de las tareas. Poco y nada captaba mi interés. Como consecuencia lógica, mis calificaciones eran un desastre, hasta el punto de que tendría que repetir el curso. Los profesores no lo podían creer porque me consideraban un niño muy inteligente. No les entraba en la cabeza mi magro desempeño. Rápidamente dedujeron que había graves problemas en mi hogar y que esa situación me distraía. Siguiendo el protocolo, citaron a mis padres y les acibillaron con todo tipo de preguntas. Entonces comprendieron que el problema no estaba ahí. Mis padres siempre estuvieron muy unidos a sus hijos y eran muy amorosos. Superaron todo tipo de pruebas y se amaron durante los cincuenta años de matrimonio que compartieron. Somos una familia muy fuerte y agradecida.

Finalmente, asistí a varias sesiones con la psicóloga del colegio. La conclusión, tras varias charlas y pruebas, es que tenía, supuestamente, un leve trastorno del espectro autista de tipo Asperger. Ciertamente amaba más el silencio y la naturaleza que el bullicio de la vida social. Sin ningún tipo de conocimiento sobre meditación, podía pasar tiempos prolongados sentado en un jardín con los ojos cerrados para disfrutar del entorno. Al parecer, mi sensibilidad no era compatible con el sistema de educación que estaba siguiendo. Y fue así que les sugirieron a mis padres cambiarme de colegio. La rigidez de un centro de estudios católico con exigentes curas marianos no me iba a ayudar en nada.



Fotografía de 1985.

Así pues, me cambiaron a otro colegio privado que tenía un enfoque marcadamente diferente, más descontracturado, en donde las alumnas convivían en la misma aula con los varones, algo no muy común en la acartonada sociedad limeña. Fue un cambio chocante al principio, pero terminó resultando. Me integré mucho más e hice grandes amigos. Hasta tuve mi primera novia, «enamorada», como decimos en Perú, y formé parte de una banda de *rock* en donde tocaba los teclados. También empecé a practicar artes marciales. En fin, crucé de un extremo a otro.

Sin embargo, en ese tránsito, en el verano de 1988, «ellos» volvieron a aparecer.

A pocos meses de cumplir los catorce años, un nuevo avistamiento me sorprendía, pero esta vez el objeto se veía mucho más cerca: una pelota de luz, a pleno día, surcaba en silencio el cielo de Lima en dirección al mar. Enmudecí.

Suelo mencionar este incidente porque fue muy impactante y significativo para mi camino. Además, no fui el único testigo: los medios de comunicación de Perú se hicieron eco de estos avistamientos y los reportaron como una «oleada ovni», que sacudiría el país durante varios meses. Por si esto fuera poco, los sueños de la catástrofe que había enfrentado años atrás volvieron, y con mayor fuerza. Aunque esta vez hice una lectura distinta. Enton-

ces me pregunté: «Si las escenas de estos sueños encierran una verdad, si esta situación ocurriese ahora mismo, ¿me tomaría en un estado de conformidad con mi proyecto de vida?».

Empecé a sentir que había un mensaje. Y tras ese mensaje una decisión.



Curiosamente, muchos de los avistamientos reportados en Lima durante la oleada de 1988 se iniciaban en la zona andina de Áncash, en las cercanías del nevado Pastoruri y a lo largo de la cordillera Blanca, en la zona en donde Ivika indicó la existencia de una base subterránea. Recorte del diario *Expreso*, del 18 de septiembre de 1988.

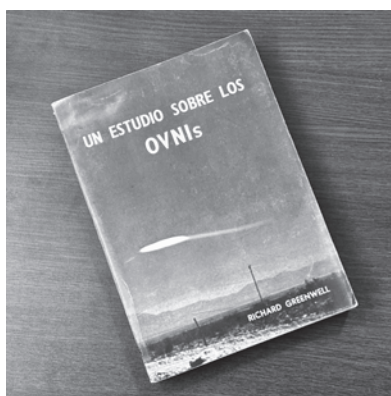
Y aquí pasaré a compartir un conveniente capricho del «destino». Crecí en una familia que ama los libros. Mi padre tenía una amplia colección de obras clásicas de la literatura, tratados de ciencia, filosofía e historia. «¿Entre tanto libro no habrá alguno que hable sobre los ovnis?», me decía mientras hurgaba en una de las estanterías. Ese sólido estante de madera caoba, elegantemente pintado de negro —que mi padre mandó hacer en 1974, el año en que nací—, a diferencia de la biblioteca principal que se hallaba ubicada en la sala, se encontraba al final de un pasillo. Allí convivían libros sobre el Antiguo Egipto con obras de Julio Verne y Alejandro Dumas. Entonces, en medio de esas colecciones, hallé un solitario libro sobre los ovnis. Mi sorpresa fue mayúscula.

¡En casa nunca se hablaba de estos temas! Mi madre, subadministradora de una oficina bancaria, estaba más inclinada hacia

la religión. Su fervor católico era profundo y honesto, y de ahí no salía. Mi padre, un alto funcionario de la Seguridad Social de Perú, tenía mucho interés en los misterios de la Antigüedad, pero jamás se había referido a los ovnis.

Tomé como poseído el libro y leí su título: *Un estudio sobre los ovnis* (1969). El autor era Richard Greenwell, un investigador de la Aerial Phenomena Research Organization (APRO). El volumen, para mi alegría, tenía varias fotos a color de los no identificados. Me emocioné. Capturé el libro sin decirle nada a mi padre y lo coloqué en la mochila del colegio con la intención de mostrar las imágenes a mis compañeros de confianza. Cuando más tarde me animé a preguntarle a mi padre qué hacía un libro semejante en medio de su colección, me dijo sonriente: «Algún día te contaré la historia de ese libro»...

Fue mi primer libro de ufología. Y otro efecto dominó se puso en marcha.



Aún lo conservo.

«Sube a la terraza de tu casa»

El avistamiento de 1988 y el inicio de mi búsqueda de respuestas estuvo matizado por esa cadena de sueños relacionados con el fenómeno, pero también por sucesos de índole paranormal, «anomalías» que tuvieron como testigos a algunos compañeros de mi colegio e incluso a mi propia familia. Entre esos eventos puedo mencionar proyecciones extracorpóreas, sueños premo-

nitorios y hasta movimientos involuntarios de objetos a distancia. No exagero. Ruidos, luces que se apagaban y encendían, y cristales que se quebraban. Mi mamá —como ya dije, católica acérrima—, ante el extraño fenómeno me llevó un domingo a la parroquia del barrio para que hablara con el cura. Mientras el sacerdote me recomendaba que solo tenía que rezar más, en mis adentros yo intuía que todas estas anomalías estaban relacionadas con el avistamiento. Es decir, que la aparición del ovni había activado algo en mí que aún no comprendía ni controlaba. Fue una etapa difícil y finalmente decidí —al ver la preocupación de mi familia— olvidarme de todo. Incluso de mi pequeño grupo de adolescentes, amigos del barrio y del colegio, que se había formado espontáneamente para hablar sobre estos temas. Nos reuníamos los fines de semana en el parque César Vallejo de San Miguel, a la sombra de un abandonado ojo de agua que había sido entubado. Corté abruptamente con ese mundo misterioso que se me abría y me entregué a las mieles de la adolescencia. A ser un «joven normal».

Al concluir mis estudios escolares lo tenía claro: quería dedicarme al arte. Ser músico o pintor. Pero mi padre, intranquilo por mi futuro, me aconsejó estudiar una carrera de respaldo sin que ello significara abandonar mis planes. Así pues, mientras seguía clases privadas de música con la conocida pianista Consuelo Levi de Stubbs, cursaba la carrera de Mercadotecnia en el Instituto Peruano de Marketing. Corría el año 1993. Mis experiencias con el fenómeno ovni estaban más que sepultadas. No obstante, «ellos» se encargaron de sacudir nuevamente el avispero.

Lo he descrito detalladamente en otros libros. Cada vez que lo recuerdo, una especial emoción me abraza y me conmueve profundamente. Me sigo maravillando. Estaba tomándome un descanso en mi escritorio, ubicado frente a un ventanal de mi habitación que daba a la calle. Mi mesa de trabajo se encontraba atiborrada de libros y apuntes. En unos días tenía dos parciales de Estadística y Contabilidad. Pero al cabo de unas horas de lecturas y cálculos, caí rendido de cansancio y me dejé hundir en el asiento, entrando rápidamente en un estado de duermevela. Entonces, una voz masculina, neutra y sin acento, con cierto tinte

metálico, me dijo con autoridad y en perfecto español: «No dejes de seguir buscando...».

Abrí los ojos en medio de mi enorme sorpresa. Ya había caído la noche. ¿Era una ilusión aquella voz? Acto seguido, mi invisible interlocutor añadió: «Somos seres extraterrestres que deseamos entablar una comunicación contigo». Era demasiado...

Reconozco que dudé. No lo podía creer.

Y he ahí que la «voz» me propone subir a la terraza de casa, afirmándome que allí tendría una confirmación. Volví a dudar. Sin embargo, también me preguntaba: ¿y si todo esto realmente está sucediendo? ¿Iba a desperdiciar la oportunidad? Mi mente batalló intensamente. «Vamos, Richard —así me llama mi familia—, es una auténtica locura.»

Tras meditarlo, decidí subir a lo alto de la casa, localizada en mi recordado barrio de Orrantía del Mar. Lo que sucedió es muy conocido por mis lectores: un objeto rojo brillante se colocó sobre la vivienda sin emitir ruido alguno y estuvo allí el tiempo suficiente como para que lo viera toda mi familia: mis padres y mis dos hermanos menores. Fue increíble. Después de tantas idas y venidas, de afrontar distintos fenómenos relacionados con «ellos» desde mi niñez, la comunicación «oficial» se iniciaba...

Cuando vi la presunta nave marcharse en dirección a las montañas, supe internamente que tras ese encontronazo ya no me volvería a alejar.